

## CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone. Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebecca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Dra. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), P. Sergio Schmidt (Mendoza), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

*Director y editor responsable:* P. Dr. Alberto Espezel

*Secretaria de redacción:* Prof. Cristina Corti Maderna

# COMMUNIO

<i>El pecado original</i>	3	
<i>Karl Kertelge</i>	5	<b>El pecado de Adán a la luz de la obra redentora de Cristo según Rm 5, 12-21</b>
<i>Siegfried Wiedenhofer</i>	17	<b>Principales formas de la teología actual sobre el pecado original</b>
<i>Christoph von Schönborn</i>	33	<b>Esbozo de la doctrina cristiana del pecado original</b>
<i>Luis M. Baliña (h.)</i>	55	<b>¿Qué opina un pre cristiano sobre el estado de naturaleza caída?</b>
<i>Peter Henrici</i>	61	<b>Los filósofos y el pecado original</b>
<i>Virginia Azcuay</i>	73	<b>Teresa de Lisieux: una existencia teológica femenina</b>
<i>W. Norris Clarke</i>	87	<b>Respuesta a los comentarios de David Schindler</b>

# Esbozo de la doctrina cristiana del pecado original

por Christoph von Schönborn\*

Este artículo intenta ahora hacer tema expreso la doctrina de la Iglesia sobre el pecado original y preguntar por su lugar en la totalidad de la doctrina de la fe. El conocimiento exacto de la doctrina de la Iglesia hace posible evitar las presentaciones caricaturizadas de la misma. Muchas críticas se dirigen contra tales deformaciones, que erróneamente se hacen pasar por doctrina de la Iglesia. Pero un buen conocimiento del dogma del pecado original ayuda también a abarcar mejor la totalidad de la doctrina de la fe y adherir más profundamente a ella.

En las exposiciones que siguen, expuestas sólo brevemente y en esbozo, las objeciones posibles y actuales no definen el enfoque de antemano. Se trata simplemente de considerar las verdades de la fe, en la convicción de que ellas brillan tan nítidamente y hablan tan claramente, que el mismo lector atento encontrará las respuestas a sus preguntas o al menos las presentará.

Han de tratarse tres grupos de temas: la doctrina del estado original del hombre, que es presupuesta en el dogma del pecado original; la doctrina del pecado original de los primeros padres; la doctrina de las consecuencias de ese pecado original para todo el género humano.

## I. El estado original

### 1. De Dios - para Dios

“En el comienzo creó Dios el cielo y la tierra” (Gen. 1, 1). La primera palabra de la fe, la primera palabra de la Sagrada Escritura, es también la palabra fundamental para todo lo que la fe tiene que decir a partir de ella. Todo lo que es, la totalidad de la realidad (esto dice la expresión bíblica “el cielo y la tierra”) tiene a Dios por origen. El mundo es creado, no es su propio fundamen-

\* Christoph von Schönborn, O.P., miembro de la edición alemana de nuestra revista. Hoy obispo auxiliar de Viena. Durante años titular de Teología Dogmática en Friburgo de Suiza. Secretario - Redactor final del Catecismo Universal. Autor de diversas obras: *L'Îcône du Christ, Fondements Théologiques Élaborés entre le Ier. et IIe. Concile de Nicée (325-787)*, 1978. Ed. Univ. de Fribourg - *Einheit in Glauben, Johannes*, 1984 - *Existenz in Übergang, Johannes*, 1987.

to, él es como un todo “llamado a ser” por la omnipotente palabra creadora.

Sin esta verdad primera, esta palabra originaria de la fe, que Dios es “creador del cielo y de la tierra”, queda el discurso sobre el pecado original incomprensible. Pues de la fe en el creador se sigue la aceptación de que la totalidad de la realidad, el universo, y especialmente el hombre, no es un desecho del ciego azar, sino lenguaje de Dios, expresión de sabiduría y bien: ella es querida por Dios, ella está destinada al hombre como una herencia definida para él. El hombre es criatura: esto es aquel a quien se habla. El Creador habla a él por el lenguaje de su creación. Así la creación es invitación a la respuesta a quien da todos los dones. El desconocimiento y el olvido de este enfoque personal de la creación es una de las consecuencias del pecado original. En el Canto al Sol de San Francisco vislumbramos que toda la creación es palabra sabia y amante de Dios dirigida al hombre, que el agradecimiento y la alabanza del Creador son la correspondiente, “justa”, respuesta de los hombres.

La verdad de la creación es, no sin fundamento, contenido del primer artículo del Credo. La situación de hoy recuerda aquella en que se encontraban Pablo y Bernabé en Listra: frente al paganismo.

Pablo se limitaba a anunciar la única verdad de que un Dios había creado el cielo y la tierra (Cf. Hech. 14, 14-18). Donde no se da esa creencia, parece que aún falta la base necesaria para la anunciación de Cristo. Donde el mundo no es visto como la creación de Dios, tampoco puede llegar a ser visto el drama del pecado como la voluntad de no tener por verdadera la condición de criatura.

Con la fe en la creación se vincula aún otro momento, que constituye un presupuesto indispensable para la comprensión de la doctrina del pecado original: el mundo no sólo no tiene su origen, sino tampoco tiene su fin en sí mismo. La Escritura y la Tradición de la fe son unánimes: “El mundo fue creado por razón de la gloria de Dios”.<sup>1</sup> El fin de la creación no es por tanto el aumento de la gloria de Dios, como si necesitara Dios del mundo, “para realizarse”, sino la participación de su gloria a sus criaturas. Esa participación es el fin de la creación, que no puede alcanzarse en el nivel de la “autorrealización” de lo meramente creado. Ciertamente la fe enseña que Dios ha concedido ya a todas las criaturas mediante la creación su plenitud propia, por lo cual dice tam-

<sup>1</sup> Vaticano I: DS 3025

bién de todas las criaturas: “Dios vio que ello era bueno” (Gen. 1, 10 etc.). Esta bondad propia del ser de toda criatura no significa sin embargo que ellas encuentren en sí su último fin. La creación como un todo, y en ella de modo especial el hombre, apunta por encima de sí a una más grande plenitud, que ella sólo puede recibir y sin ella no sería plenamente realizada. En ese “Plus ultra” de la criatura, en la tensión entre la plenitud propia ya recibida (“naturalmente”) y la plenitud aún por recibir (“sobrenaturalmente”) reside la posibilidad de aquel extravío, que por el pecado original ha llegado a ser la pérdida de toda la humanidad.<sup>2</sup>

Del reconocimiento de ambas verdades depende el buen éxito de nuestro propio camino: nosotros no somos nuestro propio origen, nosotros no somos nuestro propio fin. Nuestro origen es también nuestro fin. Nosotros procedemos de Dios y somos para Dios y a partir de El creados. Reconocer esto con agradecimiento y amor, es el presupuesto de la verdadera “autorrealización”. Nosotros llegamos a ser realmente nosotros mismos, cuando vivimos a partir de esa verdades. En lenguaje místico esto dice cada palabra que Cristo ha comunicado a Sta. Catalina de Siena, como consigna que define y hace feliz la vida: “Hija mía, ¿sabes tú quién eres y quién soy yo? No hay mayor felicidad que saber esto: tú eres aquella que no es, yo soy Aquel que es”.<sup>3</sup>

## 2. El hombre en el Paraíso

La Palabra de Dios revela: el primer hombre no sólo había sido creado “muy bueno” (Gen. 1, 31), se le había dotado también con una familiaridad con Dios, que le concedía la armonía con sí mismo y con toda la creación.

Ese “estado original” bueno, concedido en gracia, es llamado por el lenguaje de la fe de la Iglesia la “santidad y justicia original” del hombre.<sup>4</sup> Con ello no se designa un estado de inconciencia ingenua-primitiva o semi-animal, semi-humana. El lenguaje simbólico de la Sagrada Escritura da a la fe indicación de la naturaleza de ese estado originario:

<sup>2</sup> Cfr. Robert Spaemann, *Über einige Schwierigkeiten mit der Erbsündenlehre*, en “Zur Kirchlichen Erbsündenlehre”, Freiburg, Johannes, 1991.

<sup>3</sup> Referido en la “Leyenda maior”, de la descripción de la vida de la Santa por su confesor, el beato Raimundo de Capua; A. Schenker, *La vida de Santa Catalina de Siena*, en la colección “Santos de la Cristiandad indivisa”, Düsseldorf 1965.

<sup>4</sup> Concilio de Trento: DS 1511.

—Fuente de la magnificencia de los primeros hombres era su amistad con Dios. Ellos eran, por así decirlo, investidos con la gloria de esa amistad (el lenguaje de la fe dice: ellos estaban “en estado de gracia”).

—Mediante el brillo de esa gracia todas las dimensiones de la vida humana eran fortificadas: su cuerpo era armoniosamente dócil al alma. El hombre era ciertamente mortal según su cuerpo (Gen. 3, 19), sin embargo era librado del poder de la muerte por don de Dios. Con San Agustín precisa la tradición de la Iglesia: Adán podía morir, porque poseía un cuerpo terrenal no celeste; pero no debía morir, porque la gracia lo mantenía lejos de la muerte. Su “dominio” sobre lo creado era expresión de su “dominio” sobre sí mismo, de modo que su obrar y actuar a partir de su propia integridad era íntegro. Según la exposición de la tradición Adán era libre de la triple concupiscencia (comp. 1 Jn., 2, 16), que aqueja al hombre en el estado de naturaleza caída, la del apetito de los sentidos, la avidez de los bienes de la tierra y la afirmación egoísta de sí mismo. Kohelet expresa la integridad originaria del hombre con estas sencillas palabras: “Dios creó al hombre recto” (7, 29). Rectitud, rectitudo, es ciertamente la mejor palabra para describir el estado original. Donde nosotros encontramos en el hombre tal “rectitud” “sin falsedad” (Jn. 1, 47), vislumbramos algo del brillo de esa originaria familiaridad del hombre con Dios.

—La relación del hombre y la mujer era el reflejo de su familiaridad con Dios. “Ambos, Adán y su mujer, estaban desnudos, pero no se avergonzaban uno del otro” (Gen. 2, 25). La rectitud ante Dios y en la propia esencia aseguraba la recíproca sinceridad, que no conoce la dialéctica de lo oculto y lo descubierto.

—El dominio sobre la creación procede de la familiaridad con Dios. Como el hombre y la mujer representan recíprocamente para ellos el dominio y la ayuda de Dios (Gen. 2, 18, 20, 23), así representan ellos a la creación frente al dominio de Dios. Ellos no eran todavía “el terror de los animales” (id. 9, 2), ellos no vivían todavía de animales muertos (id. 9, 3), sino de los frutos del jardín (id. 2, 16; conj. id. 1, 29). La tierra era para ellos como un jardín (id. 2, 8), entregado para “edificar y cuidar” (id. 2, 15); el trabajo no era aquella pena erizada de espinas que sería más tarde (id. 3, 17-19), sino una pacífica ocupación en el sentido de Dios (id. 1, 28).

—Esta cuádruple armonía (con Dios, con sí mismo, con el prójimo, con la tierra) es perdida por el pecado original. Por la Cruz de Cristo el “Paraíso” es abierto de nuevo (ej. Lc. 23, 43).

### 3. La unidad del género humano

Antes que consideremos el pecado original como tal, pero ahora planteamos una nueva pregunta: ¿qué realidad está en pie tras este hablar figurado? No se trata de saber si "Adán procedía de Africa".<sup>5</sup> Pero no se trata tampoco de meras imágenes. Mas bien las imágenes hablan de una realidad, que a nosotros no nos es accesible racional, empírica, ni históricamente. Se trata de una realidad, que sólo se capta en la fe, pero que no obstante no es sencillamente mítica.

De la totalidad de la fe nosotros debemos asumir, que la humanidad es una a partir de su origen, que por consiguiente ella por el hecho libre de nuestros reales antepasados, para todos los hombres, para la totalidad de su descendencia se produjeron las consecuencias indicadas con el nombre de "pecado original". Sobre la cuestión del poligenismo no necesitamos ocuparnos más, porque Robert Spaemann en su colaboración ha dicho ya sobre ello lo más importante.<sup>5 bis</sup> Otro aspecto debe aquí ser considerado, el que esclarece el contenido real de la enseñanza cristiana del estado original: el punto de vista bíblico de la unidad del género humano.

El se basa en la convicción de que todos los hombres tienen antepasados comunes y por tanto son realmente parientes entre sí. Este universalismo anuncia Pablo a sus oyentes en el Areópago en Atenas, para quienes la superioridad de los griegos sobre los bárbaros era una evidencia apenas cuestionada: "Dios, que ha creado el mundo y todo en él... Ha creado a partir de un único hombre todo el género humano, por eso él habita toda la tierra. Ha fijado para ellos determinados tiempos y los límites de su residencia. Ellos deben buscar a Dios, si a El pueden buscar a tientas y encon-

<sup>5</sup> Así un título de un libro de los años setenta.

<sup>5 bis</sup> - R. Spaemann, op. cit., p. 47:

"...El pecado original tiene una relación interna con el monogenismo, del cual no es fácil ver como podría separarse. Si como dice el Concilio de Trento, la culpa original se transmite no por imitación sino por generación, entonces es difícil ver cómo se puede sostener este pensamiento, de que en un hombre todos han pecado, si todos los hombres hoy vivientes no descienden de una pareja humana..."

p. 48 "...si fuera necesario abandonar el monogenismo, me parece que permanecería sólo aquella interpretación del Paraíso y del pecado original sostenida por Orígenes y siempre viviente en la tradición esotérica, a saber, el traslado del Paraíso y de la caída a un espacio estrictamente prehistórico y la interpretación de la existencia terrena del hombre desde el comienzo como una forma de existencia marcada por la caída..."

p. 49 "...De todos modos el monogenismo ha experimentado en el tiempo más reciente un sostén inesperado por medio de la investigación genética, de tal modo que se ha mostrado como justificado el no abandonarlo en forma liviana y precipitada..."

trar; pues ninguno de nosotros está lejos de El. Pues en El nosotros vivimos, nos movemos y somos". (Hech. 17, 24-28).

Con relación a esto se impone la referencia que la doctrina de la Iglesia frente al racismo siempre ha señalado de nuevo a esa unidad de todos los hombres en su origen. Así Pío XII al principio de su pontificado en su primer Encíclica programática, a partir de esa doctrina, ha condenado la ideología racista. El texto es tan significativo, que lo citaremos in extenso:

"El primero de estos peligrosos errores, que hoy se difunde, consiste en que la ley de la solidaridad y el amor entre los hombres se deja caer en el olvido, aquella ley, que tanto por el origen común y por la misma naturaleza racional de todos los hombres, de cualquier pueblo, es prescripta y ordenada, como también por el sacrificio de salvación que ofreció Jesucristo en el altar de la Cruz a su Padre celestial por la humanidad pecadora.

De hecho relata la primer página de la Escritura con gran sencillez, como Dios como coronación de su obra de creación creó al hombre a su imagen y semejanza; como lo enriqueció con dones y prerrogativas sobrenaturales y lo destinó así para una felicidad eterna e inefable. Ella enseña además, cómo los demás hombres proceden de la primer pareja, y permite seguir con un lenguaje de insuperable fuerza de expresión su distribución en distintos grupos y su esparcirse en las distintas partes del mundo. También como apartados ellos de su Creador, Dios no cesó de considerarlos como hijos, que conforme a su plan misericordioso aún de nuevo debían ser unidos en su amistad.

El Apóstol de los Gentiles se hace anunciador de esa verdad, que une a los hombres como hermanos en una gran familia (sigue la cita de Hechos 17, 26-27). Admirable visión, que nos permite ver al género humano en la unidad de un origen común en Dios: un Dios y Padre de todos, porque El está sobre todo, a través de todo y todo en nosotros; en la unidad de la naturaleza, en la que todos son igualmente dispuestos en cuerpo material y alma espiritual, inmaterial; en la unidad del fin inmediato y su misión en el mundo; en la unidad del asentamiento en la superficie de la tierra para el uso de cuyos bienes todos los hombres están autorizados por derecho natural, para así conservar y desarrollar su vida; en la unidad del fin sobrenatural, Dios mismo, al que todos están obligados a aspirar; en la unidad de los medios para alcanzar este fin".<sup>6</sup>

<sup>6</sup> Encíclica "Summi Pontificatus" del 20-10-1939. (en: *Hombre y sociedad en la visión cristiana. Documentos.* ed. por E. Marmy, Friburgo, 1945, 828-829). Léase sobre esto las pri-

Esta visión de la unidad no excluye la diversidad de hombres, de pueblos y culturas, sin embargo ella significa que todas esas diferencias acontecen dentro de una familia de la humanidad, en la que todos los hombres no han de llegar a ser hermanos, sino que ya lo son: todos somos “hijos de Eva”, tenemos a Adán por padre. Es difícil ver como se llegaría a la igual dignidad de todos los hombres como personas, si ellos no estuvieran arraigados en una común naturaleza humana recibida del igual origen.<sup>7</sup>

La aceptación de una real pareja humana primera es por tanto exigida por la fe y no es absurda a partir de la razón; para la paleontología que trabaja conforme a la ciencia natural e históricamente esta aceptación no es demostrable, pero tampoco está positivamente excluida.

## II. El Pecado Original

¿De dónde procede el mal? A esta pregunta originaria la fe en la creación da una primera respuesta: el mal no puede residir por así decirlo en la misma construcción de la creación. La Creación es buena, realizada y querida por Aquel que es el Bien mismo. El mal procede no de la Creación sino de la libertad de la criatura; él no es parte de la “historia de la naturaleza” sino de la “historia de la libertad”. A la “historia natural” pertenece ciertamente, al menos en parte, el mal físico, que debe ser distinguido del mal moral. Ellos no son contrarios a secas al plan de la Creación. El mundo no ha sido creado en su definitiva perfección. El está en “statu viae”, en camino hacia un estado final, que se sitúa más allá de sus propias posibilidades. A ese camino pertenecen el devenir y el pasar, pertenece con el advenir de una criatura el dejar de ser otra; en ese camino se da lo perfecto y lo imperfecto, la total diversidad de la Creación. En el ámbito de la creación infrahumana es por tanto la muerte un “acaecimiento natural”. La fe no requiere la aceptación de que la muerte haya entrado en el ámbito de las plantas y los animales por el pecado original del hombre. Las catástrofes de la naturaleza, las ruinas, que acompañan a todo crecimiento en la naturaleza, son naturales en un “mundo en deve-

---

meras páginas de Henri de Lubac, *Catolicismo*, las referidas a “los aspectos sociales del dogma” totalmente desarrolladas de esa exposición; cfr. posteriormente J. Ratzinger, *La unidad de las naciones. Una visión de los Padres de la Iglesia*, Salzburgo, Munich, 1971; G. Larentzakis, *Unidad de la humanidad - Unidad de la Iglesia en Atanasio*, Graz, 1978 (Estudios Teológicos de Graz, vol. 1).

<sup>7</sup> Mis explicaciones en: *L'homme crée par Dieu: le fondement de la dignité de l'homme*, en *Gregorianum* 65 (1984) 337-363, deberían completarse en cuanto a este aspecto.

nir” y han sido previstos en el plan creador. “La figura de este mundo pasa” (I Cor. 7, 31), el cielo y la tierra, dice el salmo, “pasarán pero Tú quedas, todos ellos se deshacen como un vestido” (Salmo 102, 27). En cuanto pertenecen el mal, la ruina y la muerte al camino de creación hacia su fin, ellos sólo son alcanzados a través de la radical mutación de un “pasar”.

Distinto es el caso de la criatura dotada de espíritu: también es ella puesta por el Creador en un camino, también ella no ha sido creada en su definitiva perfección: el ángel y el hombre siguen ese camino no ciertamente por la mera dirección del instinto, sino por pasos de libre elección. Ellos pueden también errar el camino. Ellos pueden elegir un camino errado. Por ello entra el mal moral en el mundo, que es incomparablemente más grave que el mal físico. La doctrina de la Iglesia es aquí clara: Dios no es de ningún modo origen del mal moral, tampoco cuando lo permite, en atención a la libertad de sus propias criaturas. Y El lo permite, porque El por caminos que quedan en Su misterio, puede desde allí obrar el bien.<sup>8</sup>

Los ensayos de interpretar el pecado original como expresión de la finitud del hombre, como la inevitable insuficiencia del ser limitado, como la sombra que nos acompaña en el camino, como las virutas que inevitablemente flotan en el aire donde se cepilla, fracasan en cuanto ellos nivelan la diferencia entre el mal físico y el mal moral. El mal se vuelve “el llamado mal”, se transforma en “historia natural de la agresión” (K. Lorenz). Estos ensayos se ocupan a menudo de apartar el escándalo, de que un único hecho libre deba provocar para todos los hombres de todos los tiempos, no sólo consecuencias negativas como el debilitamiento y la muerte, sino que además todos los hombres deban ser puestos por ese único hecho en un estado de pecado.<sup>9</sup>

Sin duda esto es escandaloso. Sin embargo es demasiado alto el precio que deben estar dispuestos a pagar, los que quieren cortar ese escándalo. La doctrina del pecado original está implicada demasiado profundamente en el cuerpo de la fe cristiana, como para que ella se pueda excluir sin daño para el todo. En el centro de nuestra fe está el hecho personal de un Único que “una vez

<sup>8</sup> Para todo el complejo de cuestiones, mal físico - mal moral, cfr. Cardenal Ch. Journet, *Le Mal. Essai Théologique*, Bruges, 1962.

<sup>9</sup> Gustave Martelet intenta sortear este escándalo: *Libre réponse à un scandale. La faute originelle, la souffrance et la mort*, París, 1986. A. Manaranche le contesta en el libro especialmente escrito para lectores jóvenes: *Adam où es-tu? Le Péché originel*, París, 1991.

para siempre" (Hebr. 7, 27) salva a todos los hombres de todos los tiempos y hace posible a ellos alcanzar la salvación. ¿Cómo no se ha de perder el sentido para el exceso en la gracia en el Único si la medida plena de las consecuencias del hecho del uno no son ya vistas? Lo que aparece a la razón crítica como un escándalo inadmisiblemente, únicamente a la luz de la fe y en la meditación que humildemente escucha y "obedece" recibe la razón una riquísima liberadora fuerza luminosa. Ensayemos también nosotros, con la ayuda de Dios y el escuchar paciente de la palabra de Dios, volver a preguntar cuál es el contenido de ese primer pecado.

### 1. La verificación

La amistad originaria con Dios debe verificarse. No como si Dios hubiera envidiado al hombre —esto no sería ninguna amistad— sino porque el hombre en libre respuesta a ese don debía dar su consentimiento. La prohibición de comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, con la amenaza, de que en caso contrario debía morir (Gen. 2, 17), nada tiene que hacer con una reserva celosa. La interpretación gnóstica del siglo segundo introduce esta significación en el texto. Ella ve allí una prueba de su concepto, de que el Dios del Antiguo Testamento es un Dios malo, celoso, que no permite al hombre el conocimiento y la igualdad con Dios.<sup>10</sup>

El sentido del texto es totalmente falseado por esa interpretación. El hombre es llamado ciertamente a la igualdad con Dios, él es por cierto creado por Dios a su imagen y semejanza (Gen. 1, 26). Él ha recibido ese ser-imagen-de Dios, le ha sido dada por el Creador como sello de su ser. Igualmente no puede darse a sí mismo la igualdad con Dios, la "divinización"<sup>11</sup> a la que ha sido llamado por Dios y en la que alcanza su perfección. Ella es don, no obra propia, Dios quiere darla, la serpiente sugiere después al hombre tomarla él mismo.

Así es claro el sentido de la prohibición: el árbol de la ciencia del bien y del mal designa simbólicamente el límite que el hombre como criatura no puede sobrepasar, que él debe consciente y

<sup>10</sup> Es asombroso comprobar como esa interpretación se ha vuelto de nuevo actual: así por ej. en la interpretación del Génesis de E. Fromm. *Sereis como Dios. Una interpretación radical del Antiguo Testamento y de su Tradición*. Rororo Sachbucher 7332, Hamburg, 1980. De manera agresiva nuevamente en Eliane Pagels, *Adán, Eva y la serpiente. Una teología del pecado. El dogma del "pecado original" como invento ideológico central de la Iglesia Católica combatiente*, Hamburg, 1991.

<sup>11</sup> Cfr. con esto mis explicaciones en: *Existencia en transición. Exodo, reencarnación, divinización*. Johannes, Treveris, 1987.

libremente reconocer. El hombre depende del Creador. El está por tanto sometido a un orden, el orden de la Creación, que él mismo no ha hecho, sino que el Creador ha fijado a su obra. Ese orden es también la regla para el uso de su libertad.

La prueba por la prohibición se endereza también a la libre voluntad del hombre: ¿ha de reconocer él la verdad sobre sí y sobre la creación? ¿Ha de reconocer él, por la obediencia simbólica a ese único mandato, que él es criatura? ¿Ha de consentir con ello a la vez a su dignidad y sus límites: la dignidad, su imagen de Dios; los límites, no ser su propio autor?

## *2. El pecado original*

Adán no ha querido. Esa negativa no es el primer acto de la libertad como sostiene la interpretación gnóstica. La libertad no se realizó primero en el decir no<sup>12</sup>, sino en el consentimiento a la verdad y el bien conocidos. La libertad es en el pleno sentido consentimiento al ser. El no del primer hombre era a la vez el no a su propia verdad y al bien a él fijado. Por ello ese no es una catástrofe incomparable.

¿En qué consiste el pecado original? La más sencilla explicación, en forma de una imagen, la he oído a un ingeniero. El pecado original sería “el rechazo de las instrucciones para el uso”. Adán ha rechazado las “instrucciones para el uso” para sí y para el mundo. ¿Es de asombro entonces que nada “funcione” en adelante rectamente? ¿Se puede quejarse al “constructor” cuando el que usa no atiende a las “instrucciones para el uso”?

¿Qué constituye también el pecado original? El es en primer lugar un no-querer-oír, una insubordinación. El pecado original, y todo pecado a partir de él, es un “no escuchar” a Dios, la Verdad. Es a la vez un escuchar a otra voz, la del tentador.

En la “economía” del relato bíblico de Génesis 3 esa voz desempeña un papel esencial: la voz de la serpiente. En el relato del Génesis la procedencia de esa voz tentadora queda en la oscuridad, sin embargo la sabiduría veterotestamentaria la había identificado ya como la del Diablo: “Dios había creado al hombre para la inmortalidad y lo había hecho a imagen de su propio ser. Sin embargo por la envidia del Diablo vino la muerte al mundo, y la sufrieron todos los que a él pertenecen” (Sabiduría 2, 23-24).

<sup>12</sup> Así la interpretación de E. Fromm, op. cit.

La tradición de la fe aclara: el Diablo no es un antiDios, tampoco un principio anónimo, sino una criatura dotada de espíritu y voluntad, que a sí y a sus otros iguales en una radical y definitiva elección se ha apartado de Dios y que ahora odia implacablemente a Dios y su orden y quiere arrastrar a los hombres a ese odio. Jesús lo llama “el padre de la mentira” y el “asesino de los hombres desde el principio” (Jn. 8, 44). Juan dice, que él pecó desde el principio, y el Hijo de Dios ha aparecido “para destruir las obras del diablo” (1. Jn. 3, 8).

En su admirablemente clara explicación del principio del Génesis Romano Guardini escribe: “Pero nosotros debemos saber que tenemos enemigos, que quieren nuestro daño y no conocen ningún compromiso en ello. Satán y los suyos estaban en acción desde siempre. El era también quien ha traído el mal al primer hombre, es decir, él lo ha tentado”.<sup>13</sup> La tradición bíblica y eclesial sitúan así claramente el origen del mal en la libertad creada. Ningún ser es por naturaleza malo en su ser. Todas las criaturas tienen participación en el ser bueno y en la verdad de Dios. Sin embargo la libertad puede enfrentarse contra Dios, rebelarse contra El. Cómo es posible esto, es incomprendible a nosotros: ¿cómo podían los antepasados a partir de la luz de la amistad con Dios, de la claridad de su inteligencia, de la integridad de su querer y su sentir caer en el apartarse de Dios?<sup>14</sup>

La Sagrada Escritura ilumina ese oscuro misterio, en cuanto ella lo muestra como la obra del tentador. En cada una de sus palabras está la mentira: falsamente es presentado el mandato de Dios (Gen. 3, 1), el propósito de Dios es falseado (id. 3, 4-5). Con la primer semilla de desconfianza contra Dios, se falsea la relación del hombre con las cosas de la creación: desde una notoria relación recibida con las criaturas que claramente se manifiestan a sí mismas y son denominadas por el hombre, es decir, pueden ser conocidas (id. 2, 19-20), se transforma en un ávido querer-tener-para-sí, en el que no se tiene en cuenta la propia verdad de las cosas, sino su goce y valor como poder para el hombre (id. 3, 6).

¿Por qué han cedido a la tentación? Amor sui: amor propio, philautia, apasionada instalación en sí mismo: allí ve la doctrina cristiana de la fe y la experiencia de la vida el propio núcleo del pecado original. Cegando todo, cubriendo la luz de la amistad con Dios, enturbiando la preciosa claridad matinal de la criatura, se

<sup>13</sup> *El comienzo de las cosas*, Mainz-Paderborn, 1987.

<sup>14</sup> Cfr. Albert Görres. *Psychologische Bemerkungen über die Erbsünde und ihre Folgen*, en “Zur Kirchlichen Erbsündenlehre” Johannes, 1991.

sitúa ahora en el centro el YO que todo lo domina. La tentación originaria era: “prefiérete a tí por entero y antes que todo, antes que Dios”. A ella ha cedido el hombre.<sup>15</sup>

### *3. Las consecuencias*

Lapidariamente se engarzan las consecuencias de la primer desobediencia. La amistad con Dios era la fuente de la excelencia originaria del hombre. Su pérdida es el origen de toda la miseria consiguiente. En lugar del confiado trato con Dios —y por ello con todas las criaturas—, angustia ante Dios: ella se oculta ante El (Gén. 3, 9-10). De esa angustia se avanza como síntoma la vergüenza ante la propia desnudez (id. 3, 7). Se ha roto la armonía de cuerpo y alma; esa disonancia es y sigue siendo la señal siempre perceptible de la pérdida de la proximidad con Dios. La disonancia entre hombre y mujer refleja la íntima disonancia de los hombres. Ellos acusan a Dios y mutuamente se quitan la culpa. Según una tradición judeo-rabínica el pecado original fue “consumado” recién cuando Adán en lugar de reconocerse culpable, culpa a Eva (y a Dios mismo): “La mujer que Tú me has dado... (id. 3, 12). Su relación de hombre y mujer es definida en adelante por la dialéctica de apetito y dominio (id. 3, 16). La disarmonía abarca finalmente también la referencia a la creación. Ella se vuelve ajena al hombre; debe conseguir penosamente, lo que le había sido dado graciosamente en el principio. La muerte, que Dios no había querido crear (Sabiduría 1, 13), tiene entrada en la vida del hombre.

La afirmación fundamental del relato bíblico del pecado original dice: “El mal no ha sido puesto en la naturaleza original del hombre. El hombre no es por esencia, como es ahora, un tejido de impulsos buenos y malos impulsos, siempre en desacuerdo consigo mismo y con el mundo que lo rodea. El mal no pertenece a los elementos originarios de nuestro ser. El hombre no es un animal, en el que en medio de los instintos del desenfreno, el espíritu debía vigilar de manera incomprensible, cuyo espíritu en adelante hace el mal de cada instinto, y sin embargo los necesita para su obra. Por el contrario, el hombre era bueno originariamente. Y no sólo porque el mal dormía en él, como en el niño, sino porque él había sido creado puro desde el fondo y estaba en concordancia con Dios. Y él hubiera sido hombre en adelante y todo lo que se llama

<sup>15</sup> En su novela “Perelandra o el pecado original no tuvo lugar” C. S. Lewis ha meditado magistralmente sobre la confusión del tentador.

historia hubiera podido desarrollarse sin el mal, y se hubiera elevado a una grandeza de la que nuestro ser alterado nada sabe".<sup>16</sup>

### III. El pecado original

Subsiste el escándalo: ¿por qué del pecado original de uno se llegó al pecado original de todos? ¿Cómo puede el primer hecho malo del primer hombre ser tan definitivo para todos los hombres de todos los tiempos, que todos los hombres, sin excepción, necesiten la salvación, la redención, la salud? ¿Cómo puede un hecho tener tales consecuencias? ¿Y cómo pecado original, cuando aún no era hecho nuestro sino del primer hombre?

Se trata en la pregunta de la "transmisión del pecado original".; Precisamente aquí es importante escuchar exactamente lo que realmente dice la doctrina de la Iglesia, y no confundir caricaturas con la auténtica doctrina y rechazar a ésta junto con aquellas.

#### 1. La doctrina de la Iglesia

Las afirmaciones de San Pablo: "Por un sólo hombre vino el pecado al mundo y por el pecado la muerte" (Rom. 5, 12) y "Por la desobediencia de un sólo hombre, muchos llegaron a ser pecadores" (id. 5, 19), fueron entendidas por la tradición de la Iglesia en el sentido de que el pecado de Adán ha tenido consecuencias para todos los hombres.

Estas consecuencias consisten no sólo en que todos nosotros somos destinados a la muerte corporal —como "pena del pecado" por el pecado original—, sino también en la transmisión del pecado mismo, "que es la muerte del alma".<sup>17</sup> Nosotros hemos nacido todos en el estado de pecado, y esta transmisión del pecado de Adán sucede "por origen, no por imitación". Ese pecado es "uno en su origen" en Adán, pero "reside íntimamente en todos y es propio de cada uno". El no puede ser superado por las fuerzas humanas, sino sólo por los méritos de Cristo.<sup>18</sup>

¿Qué es por tanto el "pecado original"? En Adán él es pecado personal, pero en toda su descendencia no es pecado personal, por

<sup>16</sup> R. Guardini op. cit. 62.

<sup>17</sup> Concilio de Trento DS 1512, que aquí cita el II Concilio de Orange (del año 529).

<sup>18</sup> Concilio de Trento: DS 1513.

tanto, en comparación con nuestros pecados personales, es “pecado” en un sentido análogo. El pecado original es, como todo pecado, una imperfección: a diferencia de los pecados personales que nosotros cometemos, no es ciertamente una culpa propia, sino una imperfección “heredada”. Sto. Tomás le designa como un “peccatum naturae”,<sup>19</sup> una imperfección transmitida con la naturaleza humana: todo hombre ha nacido en un “estado de imperfección”, pues recibe el ser hombre en estado de imperfección, en el que el pecado de los antepasados ha dejado la naturaleza humana.

El pecado original es también la falla de la amistad con Dios concebida a los hombres originariamente, “la santidad y rectitud recibidas de Dios, que Adán ha perdido no sólo para sí, sino también para nosotros”.<sup>20</sup>

## 2. Ayudas de comprensión

El dogma del pecado original no puede ser considerado aisladamente. Procuremos considerar una ayuda de comprensión, para situarlo en definitiva en la totalidad del misterio de la Salvación.

a) ¿Cómo puede el pecado personal de Adán llegar a ser el pecado original de toda su descendencia? En primer lugar es válido aquí reflexionar sobre la vocación de Adán como el “primer padre del mundo” (Sabiduría 10, 1). Con la mirada en Cristo, Pablo amplía la perspectiva: en Adán estaba en juego la salvación de todos los hombres y fue perdida. La universalidad de la vocación de Adán es vista primero a partir de Cristo. Lo enorme, que el acto de obediencia de uno pueda llegar a ser la salvación para todos, abre en cambio la comprensión de que Dios puso en las manos del primer Adán la habilidad de todos los que aún “estaban en sus visiones” (Cfr. Heb. 7, 10).

b) Sto. Tomás ve en esta unidad originaria de todos los hombres en Adán el elemento más importante para la comprensión del pecado original: “Todos los hombres, que han nacido de Adán, pueden ser considerados como un (único) hombre, en cuanto ellos convienen en la naturaleza que han recibido del antepasado”.<sup>21</sup> A partir de este pensamiento fundamental Sto. Tomás puede mos-

<sup>19</sup> S. Th. Ia IIae, q. 81, a. 1.

<sup>20</sup> Concilio de Trento: DS 1512.

<sup>21</sup> S. Th. Ia, IIae, a. 81, a. 1.

trar que todos somos como “miembros de Adán” incorporados en su hecho pecaminoso, sin que el hecho, que es culpa personal de Adán, llegue a ser en nosotros culpa personal: un hecho no ha gravado los miembros del cuerpo, sino sólo la cabeza; si bien todo el cuerpo es alcanzado por él, todo el hombre es culpable.

c) La analogía de la fe puede ayudarnos a concebir más profundamente la trascendencia de la vocación de un hombre para todos. “Por la anunciación” —dice Sto. Tomás— “fue esperado el consentimiento de la Virgen María en lugar del de toda la naturaleza humana”.<sup>22</sup> La anunciación a María fue el único instante en que Dios puso en manos de un hombre el peso total de la historia de la humanidad. De modo grandioso ha considerado S. Bernardo de Clairvaux ese instante en un sermón: toda la creación ha mirado con tensión y llena de esperanza a María, le pide la palabra de asentimiento, de la que pende la pérdida de todos los hombres.<sup>23</sup> El realismo de ese instante da la más exacta analogía de la fe para entender la vocación de los antepasados. Desde la más remota antigüedad es también por eso que se ha sostenido el paralelo entre el hecho de la desobediencia de Eva y la obediencia de fe de María.<sup>24</sup> La analogía puede ser prolongada: nunca es el destino de la humanidad simplemente el juego ciego de potencias anónimas. Porque la creación del hombre es regalada como herencia, como llamado del Creador a la libertad de sus criaturas, depende el destino de la creación en lo más decisivo del libre asentimiento de la criatura al llamado del Creador. La doctrina del pecado original, como también la doctrina de la Salvación —ambas se relacionan indisolublemente una con otra—, confirman que la historia es siempre la historia de una libertad creada que se rehúsa a su entrega. La doctrina del pecado original es por tanto la más segura defensa de la doctrina cristiana de la libertad.

d) Más todavía: la aceptación de pecado original como un hecho libre de los antepasados presupone su real existencia, aunque ella sea inalcanzable en lo puramente histórico. Ciertamente nosotros no podemos hacernos una representación de su existencia de tal manera que podamos comparar el progreso técnico actual con las supuestas “hordas primitivas”. Toda nuestra investigación arqueológica sobre el hombre primitivo se mueve en el espa-

<sup>22</sup> Id. IIIa, q. 30, a. 1: “Per annuntiationem expectabatur consensus Virginis loco totius humanae naturae”.

<sup>23</sup> Hom. 4, 8-9; *Opera omnia*. Ed. Cisterc. 4, 1966, 53-54; comp. *Liturgia Horarum* t. 1. Off. lectionis del 20 de diciembre.

<sup>24</sup> Ireneo de Lyon, *Adversus haereses* III, 21-22.

cio de la existencia del hombre oscurecida por el pecado original. A “Adán y Eva”, al hombre del paraíso, no los encontramos en la arqueología. Del incomparable brillo de la amistad con Dios, que distinguía a Adán y Eva, logramos a lo sumo un presentimiento por la analogía de la fe: en los santos vislumbramos, en la existencia humana sanada y santificada, algo de su esplendor originario. Sin embargo no conocemos ninguna existencia humana que no lleve la desfigurante cicatriz del pecado. María es la única excepción sobresaliente. “Tota pulchra es, María”, canta la liturgia. Aquí reside una de las significaciones del dogma de la Inmaculada. En María contemplamos nosotros, como a través de innumerables generaciones, el rostro de la mujer como Dios la había creado: Eva, la madre de todos los vivientes.<sup>25</sup>

### 3. *Nexus mysteriorum*

En el “contexto de todos los misterios de la fe” recibe el misterio de fe del pecado original su verdadero lugar.

a) Solamente a la luz de Cristo aparece la total gravedad del pecado original y de sus consecuencias. Por tanto no es extraño que el Antiguo Testamento no tuviera aún un concepto claro del pecado original. Se debe conocer a Cristo como fuente del exceso en la gracia, para apreciar el exceso del pecado de Adán. Sólo cuando fue manifiesto el precio que ha costado nuestra salvación, podía manifestarse “qué importancia tuvo el pecado” (Anselmo de Canterbury). Así la doctrina del pecado original es la “otra cara” de la buena nueva de que Jesucristo es el Salvador de todos los hombres. Es incontestable verdad de fe de la Iglesia que no hay, ha habido o habrá ningún hombre, para quien nuestro Señor Jesucristo no se haya hecho hombre y haya muerto.<sup>27</sup> Por ello es convicción de la iglesia, siempre proclamada de nuevo, que así como en Adán todos los hombres han llegado a ser pecadores, Cristo ha producido para todos la reconciliación vicaria y la reparación en una medida sobreabundante. El concepto de representación inclusiva (*Stellvertretung*), central en la fe cristiana<sup>28</sup>, está vincu-

<sup>25</sup> Charles Péguy, en su última y más grande poesía: “Eve”, hace hablar a Jesús a Eva: “O Mère, ensevelie hors du premier jardin...”

<sup>26</sup> Cfr. J. A. Sayes, *Antropología del Hombre caído. El pecado original*, Madrid, 1991 (B.A.C. vol. 514) 38. Sayes presenta una exposición histórica y sistemática de la doctrina católica del pecado original, exacta y completa.

<sup>27</sup> Cfr. Concilio de Quercy (en el año 853): DS 316.

<sup>28</sup> Cfr. K. H. Menke, *Stellvertretung*, Johannes Verlag, Eisingen, Freiburg, 1991.

lado indisolublemente con la realidad de la inclusión de todos los hombres en el pecado de Adán y en la Salvación de Cristo.

b) Desde la más remota antigüedad la Iglesia vio en la praxis del bautismo de los niños una clara referencia a la existencia del pecado original. Así dice Orígenes en sus Homilías sobre Lucas: "Yo puedo aquí llegar a hablar de una pregunta, sobre la que nuestros hermanos se han quebrado la cabeza a menudo: los niños son bautizados "para el perdón de los pecados". ¿De qué pecados se trata? ¿Cuándo han podido ellos pecar? ¿Cómo se puede, pregunto yo a mi vez, asegurar tal motivo para el bautismo de los niños, si no se admite la interpretación que damos nosotros: "Nadie es puro de mancha, aún cuando su vida en la tierra haya durado sólo un día" (Job 14, 4-5; LXX). Se bautiza también a los niños, porque mediante el bautismo la mancha del nacimiento es quitada: "Pues nadie puede alcanzar el Reino de Dios, si no ha nacido de nuevo en el agua y en el Espíritu Santo" (Juan 3, 5).<sup>29</sup>

San Agustín argumenta por entero a partir de la universalidad del hecho salvífico de Cristo. Cristo es el "Jesús", "Dios es Salvador" para todos los hombres, también para los niños pequeños. El es llamado "Jesús" porque ha librado a su pueblo de sus pecados" (Mt. 1, 21). El es también el "Jesús" de los niños pequeños: todos necesitan ser suyos, El quiere ser la Salvación de todos.<sup>30</sup> Los concilios de Cartago y Trento han adoptado esta doctrina. Trento dice expresamente que el bautismo es administrado siempre para el perdón de los pecados. En los niños pequeños, que no han cometido ningún pecado actual, es administrado para la extinción del pecado original.<sup>31</sup>

c) Robert Spaemann ha mostrado (ya en su colaboración)<sup>31 bis</sup> las implicancias eclesiales del dogma del pecado original: "Se puede interpretar el pecado original como el estado del primitivo no formar parte del pueblo de Dios".<sup>32</sup> Este aspecto demasiado poco considerado de la doctrina del pecado original era familiar a los Padres de la Iglesia. El Concilio Vaticano II lo ha subrayado de nuevo enérgicamente. Orígenes dijo una vez; "Donde hay pecados, allí está la pluralidad, allí hay disensiones, allí hay errores, allí hay querellas. Pero donde domina la virtud, allí hay unanimi-

<sup>29</sup> Homilías sobre Lucas 14.

<sup>30</sup> Cfr. Sermón 293, 11; PL 38, 1334f. Más textos en J. Ch. Dudier, *¿Faut-il baptiser les enfants? La réponse de la tradition*. París, 1967.

<sup>31</sup> Concilio de Trento: DS 1514.

<sup>31 bis</sup> - ver nota 2.

<sup>32</sup> Ver op. cit. pág. 63 f.

dad, allí hay acuerdo, como si todos los creyentes “fueran un corazón y un alma”.<sup>33</sup> Máximo el Confesor considera al pecado original como una separación, un desmembramiento; se podría también llamarlo —en la peor acepción de la palabra— una individuación. Mientras Dios obra incesantemente en el mundo, para conducir todo a la unidad, sería “la naturaleza unitaria rota en mil pedazos” por el pecado y por la acción del hombre; y la humanidad, que debería constituir un todo armónico, donde no se opondría lo mío y lo tuyo, llegaría a ser una polvareda de individuos que se oponen a su voluntad y sus sentimientos. “Y ahora” —concluye Máximo— “nos despedazamos entre nosotros como animales salvajes”... “Satán nos ha dispersado”, dice también Cirilo de Alejandría, para explicar el primer pecado original y la necesidad de un salvador.<sup>34</sup>

Mantengamos firme la vieja visión: como obra de “restauración” aparece el hecho de la salvación necesariamente como la readquisición de la unidad perdida, como la restauración de la unidad sobrenatural del hombre con Dios, pero también de la unidad de los hombres entre sí.<sup>35</sup> Pero esta es exactamente la “definición” que ha dado el Concilio Vaticano II: “La Iglesia es en Cristo, por decirlo así, el sacramento; esto es, signo e instrumento para la íntima unión con Dios, como para la unidad de toda la humanidad”.<sup>36</sup> La Iglesia es el gran “movimiento de reunión” de Dios. En ella debe ser establecida la unidad despedazada por el pecado. Tal restablecimiento tiene lugar por el bautismo, que, en cuanto hace de los bautizados miembros de Cristo, los incorpora a la comunidad del cuerpo de Cristo, en la unidad encontrada de nuevo.

d) En cuanto la Iglesia persevera en la doctrina del pecado original, enseña también que no se da ningún orden social pleno. Siempre subsiste en la vida de los individuos como de la comunidad la lucha con las consecuencias del pecado original. El Papa Juan Pablo II ha dedicado en su más reciente encíclica una impresionante página a esa cuestión:

“El hombre, creado para la libertad, lleva en sí la herida del pecado original, que siempre lo impulsa al mal y lo hace menesteroso de salvación. Esta doctrina es no sólo parte integrante esencial de la revelación cristiana, sino que posee también un gran valor hermenéutico, porque ella ayuda a captar la realidad

<sup>33</sup> Sobre Ezequiel, Hom. 9, 1.

<sup>34</sup> H. de Lubac, op. cit., 30 f.

<sup>35</sup> Id. 32.

<sup>36</sup> Constitución dogmática sobre la Iglesia, Art. 1.

del hombre. El hombre aspira al bien, pero es también capaz del mal; él puede superar su interés inmediato y queda sin embargo ligado con él. El orden de la sociedad será más estable, cuanto más tome en cuenta ese hecho(...) Cuando los hombres piensan que ellos cuentan con el secreto de un perfecto orden social, que hace imposible el mal, creen ellos también que pueden emplear todo medio para su realización, también la fuerza y la mentira. La política se transforma entonces en "religión terrenal", que se imagina poder instaurar el paraíso en este mundo. Pero nunca hay ninguna sociedad política que posea su propia autonomía y su propia ley que pueda confundirse con el Reino de Dios. Pero la comparación bíblica de la buena semilla y la mala hierba (Cp. Mt. 13. 24-30; 36-43) nos enseña que sólo a Dios cumple, distinguir los hijos del reino y los hijos del mal, y que ese juicio ha de tener lugar recién al fin de los tiempos. En cuanto el hombre se atribuye el pronunciar ya ahora ese juicio, se coloca en el lugar de Dios y se contrapone a su paciencia".<sup>37</sup>

El reconocimiento del pecado original se hace patente, especialmente en la mirada retrospectiva a este siglo, como una saludable e imprescindible protección contra los totalitarismos, que en nombre de la creación del paraíso en la tierra, han ocasionado indecibles padecimientos.

e) "Toda la historia de la humanidad traza *una dura lucha contra los poderes de las tinieblas*, una lucha que ya comenzó al principio del mundo y que según la palabra del Señor durará hasta el último día. El hombre individual, arrastrado en esa lucha debe combatir constantemente para su decisión a favor del bien, y sólo con el más grande esfuerzo puede él alcanzar su propia unidad interior con la ayuda de la gracia de Dios".<sup>38</sup> Lo que dice de nosotros la doctrina del pecado original confirma la experiencia: los límites entre bien y mal corren en medio del corazón del hombre, y se necesita una lucha dura y tenaz para ensanchar el suelo fecundo del bien, poniendo límite a la inclinación al mal. Esto sucede principalmente por el bautismo, en el que por la gracia de Cristo, toda culpa es perdonada, la actual y la del pecador original. En el bautizado, así dice el Concilio de Trento, no subsiste nada de lo que Dios odia. Los que han sido revestidos de Cristo en el bautismo se han vuelto inocentes y puros, hijos amados de Dios, "here-

<sup>37</sup> Encíclica "Centesimus Annus" para el centenario de la Rerum Novarum, No. 25.

<sup>38</sup> II Concilio Vaticano, Constitución pastoral "Gaudium et Spes" No. 37.

deros de Dios, coherederos de Cristo” (Rom. 8, 17), de modo que nada obsta en ellos, para alcanzar el cielo”.<sup>39</sup>

En la querrela sobre el bautismo de los niños, contra la que hoy se argumenta diversamente, en el sentido de que deja poco espacio a la decisión personal, sin embargo no se atiende suficientemente a que la decisión por el bien, de la lucha entre bien y mal a lo largo de toda la vida, exige precisamente por su inevitabilidad aquella entrega de la vida a Cristo, que sucede en el bautismo, y que dispone primero el suelo a partir del cual el bien puede crecer y pueden fortificarse las fuerzas frente a la inclinación al mal. La doctrina clásica de la Iglesia dice que en el bautismo, con la gracia de Cristo santificante y justificante fueron concedidos todos los gérmenes del bien, en cierta medida los renuevos de todas las virtudes, también aquella disposición al bien, que en las decisiones concretas de la vida inclina a hacer el bien fácil y alegremente. Lo mismo vale para todos los otros sacramentos, en especial para la eucaristía y la confesión, por lo que en la lucha diaria con las malas inclinaciones la fortificación en el bien concedida por Cristo significa una ayuda realmente imprescindible.

f) Con gran realismo y hablando desde la experiencia centenaria, el Concilio de Trento responde también a otra cuestión, que siempre se plantea de nuevo en relación con la doctrina del pecado original: ¿cómo subsiste en aquellos que por el bautismo han sido librados del pecado original, toda la inclinación al mal, que claramente permanece en los cristianos? El Concilio dice: “En los bautizados subsiste empero la concupiscencia (concupiscentia), por ej. la “chispa” (fomes) (esto es por así decirlo una materia fácilmente inflamable por el pecado); ésta es dejada en nosotros para la lucha (ad agonem relicta); ella no puede dañar a los que no consienten a ella y que luchan esforzadamente con la gracia de Cristo contra ella, pues sólo “quien ha luchado justamente, será coronado” (2 Tim. 2, 5).<sup>40</sup> Por el bautismo la lucha con la inclinación al mal ha tomado otro aspecto, incluso se ha transformado en otra lucha. “Es uno en Cristo, así es una nueva creación; la antigua ha pasado, advierte que se ha transformado en una nueva” (2 Cor. 5, 17). En la simbología del bautismo en el cristianismo primitivo el nuevo bautizado es conducido simbólicamente “al Paraíso”, él pertenece ahora a Cristo, que es “la tierra de los vivientes”. Cristo ha resucitado, la muerte ha sido vencida. El es conducido

<sup>39</sup> Concilio de Trento: DS 1515.

<sup>40</sup> Id.

con las "armas de Dios" (Ef. 6, 11), pues la lucha de la vida cristiana está ya bajo el signo de la victoria y alcanzada por Cristo. Lo que nos resta por luchar, por muy dramático que pueda ser,<sup>41</sup> sirve de prueba, de que si por el pecado de uno murieron muchos, la gracia de Dios ha fluido más abundante, desbordando del único Jesús en los muchos (Cfr. Rom. 5, 15).

Podemos también plantear una última pregunta que se impone frente a la doctrina de la Iglesia del pecado original: ¿por qué no ha impedido Dios el pecado original?

En la "Religión dentro de los límites de la sola razón" de Kant, está la siguiente precisa observación: Un misionero relata "que, cuando él contaba a sus catecúmenos iroqueses todos los males, que había traído el espíritu maligno a la creación, buena en el principio, y cómo aún procuraba frustrar las mejores defensas divinas, aquellos preguntaron con indignación: ¿y por qué Dios no fulminó con la muerte al Diablo? Pregunta a la que confiesa tristemente, él no pudo encontrar con prontitud ninguna respuesta".<sup>42</sup> Santo Tomás, sin prisa, ha respondido a esa pregunta de la siguiente manera: "Dios permite que suceda el mal, para sacar de él lo mejor. Por eso dice Pablo: Donde abundó el pecado, allí sobreabundó la gracia" (Rom. 5, 20). Y en el elogio del Cristo pascual: "Oh feliz culpa, que has merecido tener tal Salvador".<sup>43</sup>

<sup>41</sup> Ciertamente hace falta el redescubrimiento de la dimensión agonal de la vida cristiana. La gran tradición de los maestros de la vida espiritual, a partir de Pablo, de los Padres del desierto, sabe de este aspecto de la vida cristiana (cfr. De agone christiano de Agustín).

<sup>42</sup> Obras de Kant, ed. Rosenkranz 1838, 92.

<sup>43</sup> S. Th. IIIa, q. I, a. 3 ad 3.